



LA
JUGUETERÍA
MÁGICA

ANGELACARTER

Traducción de Carlos Peralta

La juguetería mágica

La juguetería mágica
ANGELA CARTER
TRADUCCIÓN DE CARLOS PERALTA



sextopiso

www.elboomeran.com/

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Magic Toyshop

Copyright © ANGELA CARTER, 1967
Publicado originalmente por HEINEMANN, Londres, 1967

Primera edición: 2019

Traducción
© CARLOS PERALTA

Imagen de portada
© PIETARO POSTI

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
SARA PÉREZ

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-64-1
Depósito legal: M-38372-2018

Impreso en España

El verano en que cumplió quince años, Melanie descubrió que era de carne y hueso. Oh, mi América, mi tierra recién descubierta. Se embarcó en un viaje embelesado, exploró todo su ser, trepó a sus propias cadenas montañosas, penetró en la húmeda abundancia de sus valles secretos como un Cortés, un da Gama o un Mungo Park de la fisiología. Durante horas se contemplaba, desnuda, en el espejo del armario; seguía con un dedo la elegante estructura de sus costillas, allí donde el corazón aleteaba entre la carne como un pájaro bajo una manta; dibujaba la larga línea desde el esternón hasta el ombligo (que era una gruta o caverna misteriosa) y restregaba las palmas de la mano contra las alas embrionarias de sus omóplatos. Y luego se retorció abrazándose, riendo, y a veces daba volteretas o hacía el pino de pura euforia por la cimbreada sorpresa que era toda ella, ahora que había dejado de ser una niña.

También posaba sosteniendo cosas. Prerrafaelita, se peinaba el pelo negro con la raya en el medio, lacio, y se miraba pensativamente con una azucena del jardín debajo del mentón, las rodillas juntas y apretadas. Al modo de Toulouse-Lautrec, se echaba el pelo indecorosamente sobre la cara y se sentaba en una silla con las piernas abiertas y una palangana llena de agua y una toalla a sus pies. Siempre se sentía especialmente mala

cuando posaba para Lautrec, aunque en sus fantasías vivía en su época (había sido corista o modelo y, en la ventana de su buhardilla parisina, daba migas a una golondrina). En esas fantasías ayudaba y amaba al pintor porque era un enano y un genio.

Era demasiado delgada para un Renoir o un Tiziano, pero logró un pulcro y pálido Cranach con un trozo de visillo alrededor de la cabeza y el collar de perlas cultivadas que le habían regalado para la confirmación. Después de leer *El amante de lady Chatterley*, recogía secretamente nomeolvides y se los enredaba en el vello púbico.

Luego utilizó el visillo como materia prima de una serie de camisones, que diseñaba sobre su cuerpo, adecuados para su noche de bodas. Se envolvía como un regalo para el novio fantasma que se duchaba y se lavaba los dientes en un cuarto de baño futuro, de otra dimensión, durante la luna de miel en Cannes. O en Venecia. O en Miami Beach. Lo invocaba tan intensamente que casi sentía su respiración en la cara y su voz quebrada susurrando «querida».

Preparada para él, revelaba hasta el muslo una pierna larga y blanca como el mármol (y olvidaba su fantasía, absorta de pronto en el movimiento de los músculos reflejados en el espejo mientras flexionaba la pierna una y otra vez); luego, con el visillo bien tirante, examinaba la forma ceñida de sus senos pequeños y duros. El tamaño era decepcionante, pero se imaginaba que servirían.

Todo esto sucedía detrás de la puerta cerrada de su inocente dormitorio color pastel, mientras Oso Eduardo (que ocultaba el pijama a rayas en su vientre hinchado) la miraba con sus ojos de vidrio desde la almohada y un

ejemplar de *Lorna Doone* yacía desparramado boca abajo en el polvo debajo de la cama. Eso era lo que hacía Melanie el verano que cumplió los quince, además de ayudar a lavar la ropa y vigilar a su hermanita para que no se matara jugando en el jardín.

La señora Rundle creía que Melanie estudiaba en su habitación. Decía que Melanie debería salir más a tomar el aire y que se pondría paliducha. Melanie respondía que ya tomaba suficiente aire fresco cuando hacía recados para la señora Rundle y que, además, estudiaba con la ventana abierta. Cuando oía esto, la señora Rundle se tranquilizaba y no decía nada más.

La señora Rundle era fea, vieja y gorda y, de hecho, nunca se había casado. Cuando cumplió los cincuenta años, se regaló a sí misma el tratamiento de casada obtenido con autorización notarial. Pensaba que ese «señora» le daba a una mujer que envejecía una nota de dignidad personal. Además, siempre había querido casarse. En la vejez la memoria y la imaginación se funden: las fronteras mentales de la señora Rundle empezaban a desdibujarse. A veces, en su silla junto al fuego, en sus horas privadas, cuando los niños estaban acostados, fantaseaba e inventaba las costumbres y maneras de ese marido que jamás había tenido hasta que aparecían jirones de su cara en el vapor de la taza de té de antes de dormir y ella lo saludaba familiarmente.

La señora Rundle tenía lunares peludos y una enorme dentadura postiza. Hablaba con la majestad de un inexistente mundo antiguo, como una duquesa en una farsa de Whitehall. Era el ama de llaves. Había traído consigo a su gato; se sentía en su casa. Cuidaba a Melanie, Jonathon y Victoria mientras mamá y papá estaban

en Estados Unidos. Mamá acompañaba a papá. Papá estaba en una gira de conferencias.

—¡Gira de furcias!* —repetía Victoria, que tenía cinco años, golpeando la mesa con la cuchara.

—Come tu pudin de pan, querida —decía la señora Rundle. Bajo el imperio de la señora Rundle comían muchísimo pudin de pan. Ella lo preparaba sencillo o de lujo, con pasas o moras o ambas cosas, y ejecutaba numerosas variaciones de la receta básica utilizando mermelada, higos, dulce de moras y manzanas cocidas. Demostraba extraordinaria virtuosidad. A veces lo comían frío con el té.

Melanie llegó a tener miedo del pudin de pan. Pensaba que si comía demasiado engordaría, nadie la querría y moriría virgen. Una y otra vez soñaba con una Melanie pantagruélica hinchada de pudin de pan como el cadáver de un ahogado y despertaba empapada en los sudores del espanto. Empujaba en su plato el fatal pudin de pan con la cuchara y luego, hábilmente, echaba la mayor parte en el plato de Jon cuando la señora Rundle volvía sus anchas espaldas. Jonathon comía sin parar. Jonathon comía, sobre todo, para tener la mente ausente.

Jonathon comía como una fuerza ciega de la naturaleza, abriéndose paso entre enormes montones de comida como un tanque a través de una casa. Comía hasta que no quedaba nada que comer; entonces paraba, ponía cuidadosamente juntos el tenedor y el cuchillo o el tenedor y la cuchara, se limpiaba la boca con su

* En el original, el juego de palabras se establece entre *lecture* («conferencia») y *lecher* («lascivo», «libertino», «sátiro»), palabras homófonas. [N. de los E.]

pañuelo y se iba a hacer maquetas de barcos. El verano en que Melanie cumplió quince años, Jonathon tenía doce y estaba entregado a la construcción de maquetas de barcos.

Era bajo, rubio y de nariz chata, un chico vestido de franela gris y con la gorra de la escuela, que siempre tenía una costra a punto de desprenderse en alguna de las dos rodillas. Hacía los barcos que traían las cajas de construcción, los armaba, pintaba y aparejaba minuciosamente y luego los ponía por toda la casa en estantes y repisas donde podía contemplarlos al pasar. Los únicos barcos que construía eran veleros.

Hizo la maqueta de una goleta de tres palos, la *Beagle*, y otras del *Bounty*, el *Victory* y el *Thermopylae*. Sus manos, ese verano, estaban siempre pegajosas de cola. En los ojos tenía una mirada remota, como si no viera el mundo real sino las islas con palmeras y los mares azules por donde sus barcos, una vez botados, navegaban imaginaria y eternamente. Holandés Errante mental, Jonathon vagaba por mares desconocidos bajo alas de lona desplegadas, sobre oscilantes tablonés empapados de agua salada, sin pisar jamás tierra firme. Caminaba con un bamboleo náutico levemente perceptible, pero nadie lo advirtió nunca.

Y nadie advirtió nunca que él no veía a ninguna persona porque unas gafas con lentes gruesas y redondas, como de botella, le ocultaban los ojos. Para las cosas de este mundo era muy miope. Con aquellas gafas, aquella gorra escolar y aquellas costras en las rodillas, era uno de esos chicos que hacían pensar de inmediato en Norman y Henry Bones, los niños detectives. Engañados por su apariencia, sus padres le llenaban la biblioteca de

novelas policíacas que se cubrían de polvo sin que él las abriera.

A principios del verano, Melanie le robó seis novelas intactas de Biggles, se las llevó en un viaje de un día a otra ciudad y las vendió en una librería de ocasión para comprarse unas pestañas postizas con las ganancias. Pero las pestañas falsas la hicieron llorar dolorosas lágrimas cuando trató de ponérselas y luego se negaron a quedarse en su lugar y se le escurrieron entre los dedos hasta la mesa del tocador como malignas orugas peludas dotadas de siniestra vida propia. La acusaban en silencio: «¡Ladrona!, ¡ladrona!». Eran el traicionero salario del pecado. Llena de culpa, Melanie las quemó en el hogar de su dormitorio, que raras veces se encendía. Era evidente que no podía usarlas porque había robado para conseguir el dinero con que las había comprado. Ese verano tenía muy desarrollado el sentimiento de culpa.

Victoria no tenía ningún sentimiento de culpa. Era completamente insensata. Era una paloma dorada y redonda que se pasaba el día arrullando. Pirueteaba al sol y partía mariposas en trocitos diminutos cuando lograba capturarlas. Victoria era un lirio del campo; ni hilaba ni trabajaba, pero tampoco era hermosa. La señora Rundle le cantaba viejas canciones: cantaba que las luces del puerto me dicen que te vas y que florecen las rosas en Picardía pero nunca hubo una rosa como tú; y Victoria, sobre sus rodillas, reía y le mostraba el puñito cerrado al gato de la señora Rundle. El gato de la señora Rundle era un macho obeso y desdeñoso. Sentado, tenía la forma y el tamaño de una mesita de café peluda y redonda. Quizá la señora Rundle lo alimentaba con restos de pudín de pan.

Se echaba sobre las pantuflas de la señora Rundle (de fieltro amarillo con pompones rojos) y la señora Rundle tejía y le cantaba a Victoria.

—¿Qué estás tejiendo? —preguntó Victoria.

—Un cárdigan.

—Cárdingan —deformó Victoria con satisfacción.

—¿Por qué negro, señora Rundle? —preguntó Melanie, que acudía con los pies descalzos del verano a buscar zumo de naranja y cubitos de hielo en la nevera.

—A mi edad —respondió con un suspiro la señora Rundle— siempre se lleva luto por alguien. Si no es en el momento mismo, será muy pronto. —La vocal de la última palabra era larguísima, como estirada por una apisonadora: «ooooooooonto»—. Te enfermarás, querida, descalza sobre el suelo de piedra.

Los cubitos de hielo tintinearón en el vaso de Melanie.

—¿Ha conocido a mucha gente muerta? —preguntó.

—A bastante —dijo la señora Rundle, mientras guardaba su labor.

—La muerte me parece inconcebible —dijo Melanie lentamente, buscando a tientas la palabra justa.

—Eso es lo más natural a tu edad.

—¡Canta! —ordenó Victoria, golpeando con sus garras de caramelo la rodilla de seda negra de la señora Rundle. Obediente, la señora Rundle alzó la voz.

Melanie imaginó la muerte como una habitación parecida a un sótano donde una estaba encerrada sin luz.

«¿Qué me pasará antes de morir?», pensó. «Bueno, creceré. Y me casaré. Espero casarme. Qué horror si no me caso. Me gustaría tener cuarenta años y que todo hubiera terminado y yo ya supiera lo que me va a ocurrir».